AMOR MÚLTIPLE

(Elena es una buena amiga mía. Mariquita es una amiga de Elena. No, no vayas a pensar mal, lector. No se trata de ninguno de esos triángulos de amor en que abunda tanto la literatura cinematográfica, porque a mí, en materias del corazón, no me gustan las complicaciones. Mariquita me interesa —¿por qué no?—, como me interesaría un problema cualquiera de ajedrez. Es sutil, complicada, casi enigmática. Me desconcierta la movilidad inquietante de sus ojos preciosos —de coqueta, superficialmente— y el dibujo amargado de sus labios. Me atrevería a afirmar que esos ojos miran la vida con sorna, como una broma pesada que hay que tolerar en la mejor forma posible y que, inmediatamente, los labios gritan el mentís rotundo de su expresión dolorosa. No, no; la vida es una cosa muy seria, muy pesada y muy triste.

Yo, a despecho de mis pretensiones de analizador de almas, confieso que no comprendo a esta mujer. Elena me dice —mi amiga y yo tenemos un pacto mutuo de contarnos nuestros secretos... y los de nuestros amigos— que la pobre muchacha acaba de tener el disgustazo de su vida. Estaba en amores con un chico —y es otra paradoja que ella, tan espiritual, tan fina, se haya enamorado de un chico que no tiene de particular más que sus bíceps de atleta—. Bien; como sucede en estos casos, por fas o por nefas[103]*, se pelearon. Definitivamente, esta vez. Él se marchó jurando no volver más; ella, por no ser menos, aceptó la invitación de unas amigas para pasar una temporada en Baguio*[104]*. "Para olvidar..." dice en una de sus cartas a Elena.*

Y yo, que he leído las otras que fueron viniendo con asiduidad, me he preguntado muchas veces qué es eso que Mariquita —y con ella, las demás

[103] Expresión que proviene del antiguo calendario romano que marcaba días fastos o propicios, y nefastos o funestos.

[104] La ciudad de Baguio está situada en las montañas de la provincia de Benguet en la zona central del norte de Luzón. El nombre proviene de la palabra *bagiw* de la lengua ibalói, que significa 'musgo', planta que crece en esa zona con mucha facilidad debido a su microclima. Fue establecida como la ciudad de veraneo por el gobierno estadounidense en 1900, en lo que era un pueblo de la tribu ibalói conocido como Kafagway.

mujeres tal vez— llaman, "olvidar". Estas cartas me desconciertan como todo lo de ella, quizá porque representan combinados en hermandad trágica "los ojos de risa" y los "labios de dolor", y no resisto la tentación de publicar extractos. ¿Indiscreción? ¡Quién sabe! Pero, ¡son tan interesantes, tan íntimos y sobre todo, tan incomprensibles!...)

Baguio, marzo 4, 1930

Querida Elena:

Apenas me he sacudido el polvo del camino, aquí me tienes, pluma en mano. He prometido escribirte inmediatamente y lo hago, aunque a decir la verdad, en ello hay un poco de egoísmo. Me siento tan sola y tan triste que necesito volcarme toda entera en sinceridades. ¿A quién confiarme mejor que a Elena, la amiga hermana, la única capaz de comprenderme?

Tú sabes cómo salí de Manila: con el alma lacerada. Lo digo no por dramatizarme, sino en justa expresión de la verdad. Nunca creí que se pudiese sufrir tanto y por un hombre que ha sido tan canalla. Porque la verdad es que lo ha sido Juan. Canalla, como no se puede ser más. Y, Dios, ¡cómo lo he querido! Por él, hubiese llegado a los mayores sacrificios; por él hice cuanto se puede esperar de una mujer. Y en recompensa, ¿qué he recibido? No quiero pensarlo más, porque me volvería loca. Aunque ya lo he sido hasta hoy: loca, como todas las mujeres que aman. Pero, ha sido una locura tan divina ¡que mil veces incurriera en ella aunque me dijesen que a cambio sufriría tormentos mil veces mayores a éste que sufro, ya tan grande, ya tan insufrible! Pero al lado de este amor tan inmenso tengo también —¡a Dios gracias! ese orgullo, muy nuestro, de ocultar la herida bajo la sonrisa. En este viaje que duró siete horas, quizá nadie rió más que yo. Eran las mías unas risotadas locas, atolondradas, explosivas muchas

veces, como serían las del clásico *clown*[105] que, desde el tabladillo, tiene que hacer chistes mientras agoniza un hijo en casa. Menos mal que a mí —¡qué vanidosa!, dirás—, la risa franca, cascabelera, borboteante, me favorece. Debí haber llamado la atención porque, desde Polo[106] todavía, el viajero del compartimiento contiguo no cesó de mirarme[107]. Sólo entonces comprendí que se puede mirar a una persona desconocida intensamente, abiertamente, sin incurrir en un torpe descaro. No he visto admiración más franca que la que brillaba en los ojos de aquel señor. Yo, claro, me sentía complacida… y ¡un poco atormentada por el remordimiento! ¡Heme aquí —me decía interiormente— frente a la mayor tragedia sentimental de mi vida y, sin embargo, todavía soy capaz de fijarme en que me miran! Pero, es que aquel hombre miraba de un modo...

———————————

Baguio, marzo 6, 1930

Queridísima Elena:

Es un cadete[108]; un cadete de Baguio. Alto, bien formado: guapo, en una palabra. Y nada tonto, como suele pasar con la gente aficionada a las armas. Además, es de buena familia. Sí, mujer, sí. Lo he averiguado todo; es decir me lo han dicho. Aquí en Baguio no sabes tú cómo se entera una de las cosas inmediatamente.

Tú habrás comprendido ya que hablo de aquel viajero del tren. De aquel que miraba de un modo… Pero y ¿Juan? ¿El canalla de Juan?

[105] Del inglés: payaso.

[106] Este es el nombre original de la ciudad que ahora se llama Valenzuela y es parte de la gran Metro Manila actual.

[107] *Manila Railroad Company* contaba desde 1922 con un tren especial a Baguio y que tardaba, según los horarios anunciados en la época, alrededor de siete horas en recorrer una distancia inferior a los 300 kilómetros.

[108] La Academia Militar Filipina se estableció en Malolos, Bulacán en 1898. En 1905, durante el régimen americano pasó a Intramuros y en 1908 se trasladó a Baguio.

No te creas que me haya olvidado. Hay dolores que no se olvidan jamás. Este que tengo —saeta mortal que me traspasa el corazón— irá acompañándome a lo largo de mi vida, como una sombra inseparable. Lo llevaré bien oculto, pero, alma dentro, seguirá sangrando…

———————

Baguio, marzo 8, 1930

Elena, alma mía:

Lo conozco, me lo han presentado. Esta mañana, en el mercado[109]. Tú comprenderás que no iba a quedarme en casa, suspirando. Ya te he dicho que conservo mi orgullo de mujer y este orgullo me manda llevar erguida la cabeza, puestos los ojos en el sol, aunque por dentro vaya toda deshecha en llanto. Así somos las mujeres, ¡fuertes y bravas! Claro que a solas conmigo, lejos de ojos curiosos, me vuelvo la mujer que soy, toda debilidad y no hago más que llorar. Bien; como te decía, no iba a quedarme en casa y esta mañana, ya visto todo lo demás de Baguio, se nos ocurrió ir al mercado. Aquí en Baguio el mercado es una institución; mejor, es un *rendesvouz*[110]. No es, como ocurre en otras partes, el sitio para mercar, para comprar; es el sitio para buscar caras conocidas, entablar amistades; es una especie de club *sui generis*. Y en este mercado...

¿A qué describirlo? Sólo te diré que, a la media hora, éramos tan amigos como si nos hubiésemos conocido desde la infancia. Poco faltó para que, a las primeras de cambio, nos tuteáramos. Luego, en grupo, dimos vueltas y vueltas. Y ¡qué cosa más extraña! Baguio pareció cambiar de repente. Lo sentía más íntimo, más amable, más

[109] El mercado público de Baguio se ubica en el centro de la ciudad, allí se pueden encontrar los mejores y más frescos productos de toda la región, además de tiendas especiales, antigüedades, cambio de divisa, peluquerías. Es el lugar más típico de encuentro no sólo para turistas y visitantes, sino también para las gentes del lugar.

[110] Palabra de origen francés, que significa 'lugar de reunión'.

cordial. Los pinos cantaban la canción perfumada de sus ramazones —ahora comprendo a Longfellow, ese viejo poeta, bueno y barbudo, ¿te acuerdas?— y en el ambiente sutilizado como por milagro, se podía percibir una vibración de nueva vida. Poco me faltó para que, en un gesto de entrega al gusto de vivir, gritase *¡Aleluya!*.... No sé por qué *aleluya*, precisamente.

Pero me da rabia porque todo eso que te digo no lo sabrá jamás Juan. Ah, ¡qué gusto que él se enterase! Así comprendería que después de todo, en este mundo lo que sobran son los hombres.

———————

Baguio, marzo 10, 1930

Elenita:

Yo he hecho un examen de conciencia. Sí, tal como suena: un examen de conciencia. Esto que hago, ¿no es venganza?, ¿no es afán de cobrarme por las canalladas de que he sido víctima de parte de ese hombre? Te confieso que me gustaría que así fuese porque, por lo menos, en mi conciencia, tendría justificación este *flirt*[111] —a las cosas hay que llamarlas por su propio nombre— que llevo con Enrique. Sí, Enrique se llama, como un personaje de novela. Y te digo que el pobre no se merece el engaño en que está, juzgando la amabilidad mía espontánea y sincera cuando, no es más que producto de mi situación actual. El cadete —¡qué guapo estaba ayer, de uniforme, en la vista militar anual de la Academia!— no sabe nada de mis relaciones, tan cercanas y tan lejanas al mismo tiempo, con Juan. Y vivo en un miedo constante de que se entere al fin y de que sospeche que yo buscaba en él un instrumento de venganza nada más. Pero, ¿qué digo? Entonces esto que siento, esto que me ha hecho ver un nuevo sentido en la vida es... es... ¡Dios mío!

[111] Del inglés: coquetear, incorporada al español como 'flirtear'. Aparece varias veces en estos relatos de Laygo.

Pero es que Baguio está glorioso. Tiene una magia bruja para rejuvenecer almas. Las cumbres, verdeantes y sonoras —*the murmuring pines*[112] que decía nuestro poeta barbudo— parecen altares levantados al optimismo y en todas partes, en jardines y parques, en las orillas de los caminos, sobre las cabezas y bajo los pies, no se percibe más que la sinfonía floral —música y perfume— de rosas y dalias y claveles.

———————

Baguio, marzo 15, 1930

¿Amo todavía a Juan? Rotundamente, definitivamente, mi corazón contesta que sí. Y, ¿Enrique? ¿Dónde queda Enrique? ¡Misterio de los misterios! Mi corazón, leal conmigo en sus sinceridades, me dice muy discretamente, muy quietamente que tiene Enrique un hueco en su fondo. Entonces, la consecuencia tremenda, inevitable, brutal es que ¡amo a dos hombres a la vez! Me asusto de mí misma y a veces, a solas, me insulto, llamándome coqueta, mala, sin entrañas, sin corazón de tanto tener corazón. Dos amores al mismo tiempo, tan grande el uno como el otro, que no se desplazan sino que se completan, que no se repelen, sino que se complementan. ¿Cómo puede una mujer llegar a esto?

¡Ah, Baguio! Tú tienes la culpa. Vine buscando olvido y tú, ciudad amable como ninguna otra en la tierra, te excediste en tu generosidad y me diste, a cambio del olvido, una capacidad infinita para el amor. Tú ensanchaste mi corazón y en él abriste huecos, ¡igual para un viejo amor —tan melancólico a veces en la evocación de sus recuerdos— que al amor naciente, tan optimista en su vuelo hacia el porvenir!

[112] Este es el famoso primer verso del poema *Evangelina: Romance de la Acadia* de Longfellow de 1847, que dice: "This is the forest primeval. The murmuring pines and the hemlocks"; "Este es el bosque secular. Donde los pinos susurrantes y las hayas".

Los pinos cantan su canción perfumada y miro en mi redor y veo alzarse las cumbres como altares...

———————

¿Mañana? ¿El futuro? No sé, no quiero saberlo. Cierro los ojos y sorbo la vida...

Juan, Enrique...

Tuyísima,

Mariquita